

EN TIEMPO Y FORMA

TIME AND FORM

PABLO FERNÁNDEZ CHRISTLIEB

Universidad Nacional Autónoma de México, México

<http://orcid.org/0000-0001-5736-9130>

pablof@unam.mx

Recepción: 20 de diciembre de 2020

Aprobación: 3 de febrero de 2021

RESUMEN

El presente texto parte de la idea de que una forma es la unión de espacio y tiempo, de materia y mente. El espacio es fácilmente definible como el mundo de los objetos. El tiempo, en cambio, es difícil de definir. Aquí se argumenta que el tiempo puede ser considerado como sigue: inicialmente, como objetos en movimiento; luego, como algo que pasa; luego, como aquello que queda de lo que pasa; luego, como aquello que no puede ser conocido que no obstante reside dentro de lo conocido, es decir, como tiempo sin espacio; y, finalmente, como uno mismo o el sí mismo que sabe que no puede conocerse.

Palabras clave: forma, espacio, tiempo, conocimiento, sí mismo

ABSTRACT

This paper starts with the idea that a form can be defined as the juncture of space and time, or matter and mind. Space is easily the world of objects, but time is uneasy to define. Here it is argued that time can be considered as follows: initially, as objects in motion; then, as that which goes by and passes by; then, as that that remains once it passes by; then, as that that cannot be known which nonetheless lies within which is known, or, said otherwise, as time without space; and then, finally, as the self which knows that he/she is time that cannot be known.

Keywords: form, space, time, knowledge, self

Un círculo es una línea de puntos equidistantes del centro, y esa equidistancia es la 3.1416 a la parte de la línea, pero, sobre todo, ésta no es una opinión que tenga el círculo de sí mismo, sino una que tiene alguien de esa cosa, quien puede además tener más opiniones cada vez más curiosas, como la de que un círculo es el pariente chato de una esfera, o que una esfera es la máxima construcción que se puede hacer con el mínimo de material, como se ve en las burbujas de jabón, y que por ende es la mejor forma, como dirían los de la Gestalt, y que la esfera siempre es monumental o que nunca se puede dibujar en perspectiva, o que la esfera y el círculo también tienen las cualidades de la unidad, de la simetría y hasta de la perfección, e incluso la de la integridad, que es ya una cualidad moral.

Pero, especialmente, todas esas cosas que se pueden opinar, pensar y conocer del círculo y la esfera son precisamente cosas, o sea, están hechas de algo; de cálculos como en la geometría analítica; de lápiz como en los dibujos; de pavimento como en las glorietas; de hule como en las llantas; de discusión como en la esfera pública; de niños como en la rueda, rueda de San Miguel, o de niños como los que cantan en las bodas hagan una rueda. De modo que, un círculo es una opinión que tiene una cosa, o dicho mejor, es un pensamiento que tiene una materialidad, y si le falta el pensamiento o la materialidad, le falta la forma, y entonces no existe.

En efecto, una forma, como la forma de las pizzas o las pelotas o las formas de ser de las personas, es algo que tiene a la vez pensamiento y materialidad. Por esto, la forma parece ser una noción fundamental para conocer a la realidad en su completud, sin seccionarla ni fragmentarla, toda vez que la noción de forma incluye forzosamente a la naturaleza y a la cultura, a la realidad y al pensamiento, a las cosas y a las palabras, al mundo y a nosotros, porque sin nosotros el mundo ya no está. Una forma está hecha de dos cosas, materia y mente, y por eso permite juntar a lo físico con lo psíquico, o como lo decía Jesús Ibáñez, la realidad es el resultado del choque entre una partícula y un observador. Una forma es la unión de dos cosas que de otra manera serían opuestas. El conocimiento le da forma a la materia en la misma medida en que la materia le da forma al conocimiento.

Y para decirlo de una última manera, la forma es el resultado del choque del espacio con el tiempo.

ESO QUE SE MUEVE

Lo que es el espacio es fácil de decir: es, desde Descartes, lo extenso, o sea, lo que se puede medir, cargar, comparar, descomponer, y es ciertamente lo equivalente de lo físico, lo material y lo objetivo; es esta mesa, esta gente, estos renglones, y hasta se puede afirmar, como lo hace la física clásica y la física doméstica, que todo es espacio, hasta el tiempo.

Y efectivamente, lo más fácil que se puede decir del tiempo es que es espacio, y que la única diferencia es que el espacio está compuesto de cosas que no se mueven, y el tiempo de las que sí se mueven, que suceden, es decir, que se suceden las unas a las otras, como los desplazamientos de los objetos en el espacio. De hecho, en los relojes de carátula y manecillas se ve muy bien esto: el tiempo es el caminito que recorre una y otra vez el minuterero de aquí, del seis, para allá, al doce, pero igual en los calendarios que se pegan en la pared, en donde se ve que cada fecha tiene su lugar, y no puede llegar la del 31 sino hasta que se tache la del treinta; o en las metáforas del lenguaje cotidiano, en donde se dicen cosas como el año que viene, como si el año ahorita estuviera lejos, hasta la esquina o hasta Katmandú, pero que ahí viene acercándose, o se dice la semana que entra, como si en una de éstas la semana fuera a entrar por esa puerta, o el día siguiente, como si los días estuvieran formados en una fila esperando su turno, y el siguiente no puede hacer trampa para llegar primero. Ésta fue la queja y el motivo de la teoría de Bergson, que al tiempo se le veía como una cosa igual que un coche, que no hace otra gracia que cambiar de posición en el espacio, o que es incluso una cosa que uno puede guardar, ponerlo ahí en la repisita, y que a veces alcanza y a veces lo aprovecha y a veces lo malgasta: no tengo tiempo, me sobra tiempo, no voy a perder mi tiempo contigo, son ideas de un tiempo espacial. Igualmente cuestiones como tiempos de reacción, revoluciones por minuto, frecuencias, velocidad, 200 km/h, y las prisas y las carreras de la gente que cree que el tiempo es oro. Y de acuerdo, eso es el tiempo.

ESO QUE PASA

Pero al mismo tiempo el mismo tiempo también es otra cosa: no es eso que se mueve, sino eso que pasa sin que nada se mueva, como en el caso de la espera, en que aunque uno no haga nada, y sin saber a qué horas, el tiempo pasa. En efecto, el tiempo también es algo que se mete dentro de las cosas y las apolilla y las marchita y las avejenta, y la próxima vez que uno se vea al espejo se cacha unas arrugas que el otro día no estaban. Como ejemplificaba Maurice Halbwachs, si uno pone un mueble nuevo y lo deja ahí sin que nadie lo toque y sin que nada le pase, como esos sillones que no dejan que nadie se siente porque son para las visitas que nunca vienen, de todos modos algo le pasa y al cabo del tiempo se vuelve un mueble viejo que hay que cambiar otra vez sin que nadie lo haya usado, porque lo que le pasó fue el tiempo, lo que lo avejentó fue nuestra mirada.

En rigor, uno no se mueve, es el tiempo el que nos recorre, como la música de los bailes que entra dentro de uno y es ella la que pasa al paso que quiere y uno nada más está zangoloteándose no para donde uno quiera, sino para donde la música dice, y lo más prudente que hay que hacer es dejarse llevar, y como saben los que bailan, o los que esperan, el tiempo aquí ya no se mide, porque ya no es espacio, sino que a veces pasa rápido, a veces pasa lento.

Como decía Paul Ricoeur, los niños, a la hora de oír cuentos, que por lo demás ya se saben, no están atendiendo al contenido, al mensaje, sino que lo que los tiene encandilados

es que están viendo justamente cómo pasa el tiempo durante la narración; o sea que el tiempo es un ritmo, y al seguir el ritmo del cuento contándose, parece que están entendiendo sin palabras de lo que se trata la vida, eso raro en lo que los metieron sus papás al traerlos al mundo, como si al ver al tiempo escurrirse delante de los ojos comprendieran esa pregunta de quiénes son ellos y qué hacen aquí, que es lo mismo que les sucede a quienes escuchan música: escuchar música es contemplar eso que pasa, y para los que no tienen tanto oído o son más ociosos, sirve el agua corriendo de la regadera o el rumor constante de la lluvia, que lo mete a uno en un ritmo monótono y metafísico donde se acomoda y deja que se vaya la tarde, sin hacer nada.

El tiempo es pues el ritmo de la vida; días que se van, soles que se ponen, nubes que pasan, o más actualmente el ritmo de la ciudad, en donde en lugar de puestas de sol son puestas de semáforo, ambulancias que chillan, noticias que se desvanecen, gente que pasa y que uno ve sin hacer nada como quien ve llover mientras envejece. En efecto, todas las cadencias, repeticiones, vaivenes, subibajas, ires y venires, entradas y salidas, norias, goteos, chorros, son el ritmo que constituye al tiempo, que tiene la cualidad de ser hipnótico, de tenernos como niños oyendo cuentos, donde uno entra en trance, como si el cuerpo todo dejara de ser biología y se volviera ritmo, ya sea bailando, oyendo música, viendo llover o, como decía John Lennon: “mirando las ruedas girar y girar”, y lo único que hay que hacer es dejarlas pasar y uno pasar junto con ellas.

En resumen, desde el punto de vista del conocimiento, uno puede ver la vida como objetos en movimiento, lo cual es evidente, pero uno puede verla como ritmos, lo cual es menos obvio y más entretenido. La memoria es un ritmo: los recuerdos sólo aparecen cuando se presenta el ritmo en el que están inscritos; los sentimientos son un ritmo: lo que en el movimiento eran las prisas, en el ritmo son las ansias, y si el ritmo se hace frenético, son las angustias. La historia es un ritmo que, como las ruedas de John Lennon, sí pasa pero no se va.

ESO QUE SE QUEDA

Una vez que el tiempo pasa, hay algo que se queda, que es como una especie de tintineo —“campanitas”, le llaman los enamorados—, un leve temblor, una reverberación, una resonancia, una vibración, una sensación, que es como si el ritmo, al pasar, fuera desprendiendo algo alrededor que no está ni en las palabras ni en las notas ni en las gotas de la lluvia, sino que es como una especie de eco que se queda flotando ahí un poco más, como fantasma que ya no se ve ni mucho menos se coge pero sí se adivina, y que es donde parece radicar la explicación de la hipnosis del ritmo pero a lo que no hay manera de atraparlo porque es algo que nunca estuvo en los pasos del baile, sino en medio, como hecho de atmósfera, y que es precisamente donde se encuentra la maravilla, el encanto, la magia de la realidad, que quién sabe cuánto dura, pero mientras dura, está ahí, estático pero tenso, detenido

pero trémulo, emocionante, que a veces se nota en esa sonrisa despacita que les brota a las gentes cuando (se) les acaba de pasar algo maravilloso, como haber visto el sentido de su vida puesto en una canción, en una foto, en una idea, en otra sonrisa. Es como si el tiempo que pasa dejase una marca inmóvil. La belleza, palabra fea, es el término que a veces se usa para nombrar esto. Y Michel Tournier decía que la belleza tiene algo de estática.

El tiempo es eso que los niños o los escuchas luego tratan de averiguar qué fue lo que les gustó tanto, qué había en aquello que hizo que se quedaran fascinados, y saben que eso está ahí, mero enfrente, pero no hay modo de agarrarlo, como cuando uno lee una frase de Borges increíble —verbo y gracia: 1. “antes las distancias eran mayores porque el espacio se mide por el tiempo”; 2. “gracias por la música, misteriosa forma del tiempo”; 3. “esta inminencia de una revelación, que no se produce, es quizá, el hecho estético”; 4.; 5. “el tiempo es la sustancia de la que estoy hecho”. Estas frases se enumeraron porque parecen los epígrafes de cada uno de los incisos de este texto; si no se encontró frase para el número 4, es tal vez porque es el que se refiere a lo desconocido—, y mira y remira la sintaxis con que está escrita, y por más que ahí esté lo increíble, jamás podrá decir en qué consiste. Diríase que ahí está la verídica sustancia del tiempo, lo que se queda de lo que pasa. Dicho de otro modo, es como si el baile y la lluvia y el cuento, y las sonrisas y los chistes y otras cosas, tuvieran un halo, algo que se irradia, que forma un quién sabe qué que es justo lo que se buscaba. Es como el aura de la que habla Walter Benjamin, que dice que es una lejanía dentro de la cercanía, que es lo ausente que está presente, y como Benjamin lo refirió al arte, pues entonces parece que eso típico que tiene el arte es el tiempo, o que el arte intenta fabricar tiempo con espacio, auras con cosas, o que por eso el arte es el trabajo que se dedica a producir, ante todo, formas.

Y en todo caso, el tiempo es, a estas alturas, una perplejidad, un encantamiento y un misterio.

ESO QUE NO SE SABE

Y así ya se sabe qué es el tiempo: es eso que no se sabe. Ciertamente, resulta que el tiempo es lo desconocido, lo incomprendible. Sin embargo, es curiosa la idea que se tiene de lo desconocido. Lo desconocido no es lo contrario del conocimiento, porque eso es la ignorancia, pero lo desconocido no es tampoco lo contrario de lo conocido, porque eso no existe y por lo tanto no es interesante ni importa ni no importa porque no es nada. Cuando se habla de lo desconocido, como planetas desconocidos, funciones psicológicas desconocidas como la intuición o el sexto sentido, islas desconocidas, el inconsciente que por definición es desconocido, o Dios o la otra vida o el futuro, parece que siempre se trata de algo de lo cual se tiene un vislumbre, una fantasía, una equivocación o una expectativa, como si lo desconocido, lo que contienen los hoyos negros, fuera algo de lo cual se conocen sus límites, pero no lo que encierra. En la biología, por ejemplo, no se sabe qué es la vida pero se sabe todo

alrededor, sólo falta lo de dentro. Entonces lo desconocido es algo que está al fondo de lo conocido, no afuera: es lo no sabido que está dentro de lo sí sabido, lo incomprensible que está en mitad de lo comprensible, la ausencia que está presente, la lejanía que está cerca, el silencio que transportan las palabras, así que no hay que hacerle caso a Wittgenstein cuando dice que hay que callarse de lo que no se puede hablar, porque eso es lo que más nos interesa, buscar lo que no puede ser dicho entre lo que sí puede ser dicho, que de paso es una definición de la poesía. Y puede, al menos aquí, decirse que lo desconocido es el tiempo: Lo desconocido es el tiempo sin el espacio, y por eso, a pesar de estar ahí, no tiene nada, y no obstante es justo lo más importante, porque, literalmente, se nos va la vida en ello. El tiempo es un nombre que la cultura le da a lo desconocido; claro que si es desconocido, se le pueden poner otros nombres, como belleza, o también se le puede llamar amor, que no viene al caso pero que es una palabra que se usa para nombrar todo lo que no puede decirse, como todos los que dicen que esperan el amor pero no saben qué esperan.

ESO QUE ES UNO

Los que van al doctor, los que compran seguros, los que ahorran para el retiro, si se fijan en sus preocupaciones, pueden enterarse de que están pensando en lo desconocido del tiempo, en cómo pasa y pasamos con él, en cómo se mete por dentro y nos marchita lo hayamos usado o no, en que se acaba y nosotros junto con él, en cómo se viene la muerte tan callando, en la finitud a secas.

Pero igual que ellos, las ciencias en general, sobre todo cuando son ciencias y no meras aplicaciones, como las teorías de la vida o de las cosas o del universo, en última instancia, como decía Heisenberg, están tratando de averiguar cómo se comporta la realidad para saber cómo piensa uno, porque el orden del mundo es idéntico al pensamiento que encuentra ese orden.

Más asustados que los pacientes del doctor han de estar los artistas, porque a menudo el arte se hace para olvidarse de la finitud, para dejar de pensar en lo que pasa y se acaba y mejor empezar a pensar en lo que pasa pero no se acaba; que es algo así como la duración de Bergson, esto es, para tener un atisbo de la infinitud y de lo infinito, tratando de averiguar de pasada cómo se le hizo no sólo para atisbarlo, sino para sentirse eternos aunque sea por un instante.

En ambos casos, en la ciencia y en el arte, sus reflexiones parecen ser asimismo una teoría del conocimiento, no solamente de los procesos y productos del conocimiento, sino de qué es lo que estamos conociendo cuando conocemos, y la respuesta es más o menos la que sigue: a nosotros mismos; al sí mismo, al uno mismo, al yo o al como se le llame, con la condición de que no se le llame el individuo, porque el individuo es una mercancía del neoliberalismo y nadie más: individuo es el que cree que se merece un BMW; en cambio, uno mismo es el que trata de averiguar en qué consiste su conocimiento, el que busca el

tiempo y no lo puede encontrar porque él mismo es ese tiempo, un puro tiempo ya sin cuerpo, sin BMW y sin espacio. Y por eso también el que compra seguros hace lo mismo, ya que la psicología, en general, es básicamente una teoría del conocimiento, cuyo objeto de estudio es el tiempo. Hay psicologías medio superficiales que estudian los mecanismos espaciales e instrumentales, como la cognoscitiva o la conductual, y hay otras, como el psicoanálisis o la fenomenología, que buscan un conocimiento más desconocido.

Parece que ésa es la conclusión, que eso que se mueve, que pasa, que tiembla, que se queda, que no se sabe qué es y que está ahí, que eso que se llama el tiempo, es uno mismo, y exactamente por esto es por lo que no se puede saber qué es, porque uno está hecho de lo mismo, y puesto que conocer es siempre poner otros términos para distinguir, pues no se puede conocer el tiempo con tiempo porque no se distingue uno del otro. La mirada no puede verse a sí misma.

Pero ésa no es la conclusión, sino la de que sería indeciblemente megalomaniaco creer que esta sorpresa de lo ignoto y del sí mismo sea algo que se le ocurrió a uno solito, que Dios se lo dio porque lo quiere mucho, que se debe a su privilegiado ADN o cualquier otro motivo de orgullo personal, o dicho de otro modo, sería un pequeño desperdicio concluir que el tiempo y lo desconocido y el yo es un asunto personal.

Se escogió deliberadamente la forma del círculo y la esfera porque tradicionalmente, en la historia de la cultura, son el símbolo del sí mismo, toda vez que tienen la forma de lo íntegro y lo unitario, o como decía Plotino, de lo que se pertenece a sí mismo, y por precisamente esas razones, es simultáneamente la forma de la sociedad, y por eso florecen por todas partes cosas que se llaman mesas redondas, círculos de lectores, bolas de gente, ya que cada vez que la cultura quiere construir algo que sea, no público ni privado, sino colectivo, lo hace mediante el círculo y la esfera, como los megalitos de Stonehenge, la cúpula de San Pedro, el modelo del átomo, las rondas de los niños y otras tribus, o las plazas en general que, hay que admitir, como círculos les quedan muy cuadradas. Lo primero que hace la conciencia cuando surge y se azora de su propia existencia es pintar un círculo, el del territorio o el del horizonte o el de la bóveda celeste, como si con eso se dibujara a sí misma. Por ello, Sloterdijk pudo hacer una historia de la humanidad como historia de las esferas, y en las esferas y los círculos, lo desconocido no está fuera, porque fuera está lo que no importa, sino que está en el centro, aquí mismo.

En resumen, el tiempo aparece como espacio, el espacio se convierte en ritmo, el ritmo se transforma en aura, el aura se vuelve lo desconocido, lo desconocido es uno mismo, uno mismo es la sociedad. El encanto y la gracia de las formas, de cualesquiera, no radica en sus características materiales o espaciales, sino en eso que no se puede entender, o incluso en que no se puede entender eso, pero en ambos casos nos hace pertenecer a la vida de esa forma. Resulta bonito, y bastante acompañante, pensar que lo más íntimo de nosotros es exactamente lo más colectivo de la humanidad. ¶